

ella se asumió el calentamiento global como un hecho presente y se propuso que todos los países promovieran medidas de control para no superar los 2°C de incremento de la temperatura mundial sobre los valores preindustriales y a ser posible no llegar a 1,5°C de aquí al 2100. Con ello se asumen como irremediables una serie de males pero al menos se busca impedir una catástrofe global. Acuerdos muy lógicos, si no fuera porque desde entonces año tras año se han seguido batiendo récords de CO₂ en la atmósfera: no sé está haciendo nada. O al menos nada serio y suficientemente urgente. De seguir así llegaremos a los 1'5°C en el 2030.

“Nadie está actuando como si estuviéramos en una crisis”.

Y la última lección de Greta: no hay solución con medidas individuales, de moralina medioambiental, de grano a grano se hace el granero. La única solución es con fuertes medidas políticas y por ello urge la protesta política de mano de los jóvenes.

“Si vivo hasta los 100 años, estaré viva en el año 2103 y, cuando pensáis en el futuro, no pensáis más allá de 2050. Para entonces, en el mejor de los casos, yo no habré vivido siquiera la mitad de mi vida. ¿Qué ocurre después?

En el año 2078, celebraré mi 75 cumpleaños. Si tengo niños(as) o nietos(as), quizá pasen ese día conmigo. Quizá me pregunten por vosotros(as), la gente que estaba por aquí allá en 2018. Quizá me pregunten por qué no hicisteis nada cuando aún había tiempo de actuar. Lo que hagamos o dejemos de hacer ahora afectará a mi vida entera y a la vida de mis hijos(as) y nietos(as). Lo que hagamos o dejemos de hacer ahora, yo y mi generación no podremos deshacerlo en el futuro. Así que cuando empezó el colegio en agosto de este año, decidí que era suficiente. Me senté en el suelo fuera del parlamento sueco. Hice una huelga escolar por el clima”.

Todos hemos visto como el gesto de Greta se ha multiplicado en una explosión de movilizaciones juveniles a lo largo de todo el mundo, y que así continúen.

En todo esto ¿la escuela qué pinta y qué debe pintar?

LA ESCUELA “SE TIENE POR FIN DE SÍ MISMA”

Adolfo Palacios (S)

Entre maestros son frecuentes, hablando del alumnado, expresiones como “a mí me trabaja bien”, “no me escribe como un niño de su edad”, etc. Lo veo emparentado con esa otra frase que da título a un conocido libro, que en boca de algunos padres dice: “mi niño no me come”. ¿Qué implica ahí esa palabrita? Siempre he tenido claro que manifiesta una relación maestro-alumno poco profesional. Y lo mismo digo de la maternidad o paternidad, en el caso del comer. Trasluce una idea poco noble: el niño es parte del engranaje de una maquinaria – mi trabajo, mi obligación – y como tal ha de comportarse. Debe contribuir a que mi trabajo se realice y lo importante es que se desenvuelva sin sobresaltos..., y mi sueldo caiga a fin de mes. No se contempla el asunto en términos de objetivos para otras personas (los alumnos, las familias) u otros ámbitos (la sociedad, el país, la revolución). “Niño, haz el favor de ponérmelo fácil, intégrate en el tajo, concíbete como objeto, como yo te concibo a ti”. La atención del docente, pues, y de su vida laboral, está en su propia tarea rutinaria, como algo que tiene que llegar a un final.

Se pierde de vista que se trabaja para dar un futuro a unos críos, o para desarrollar sus facultades e ilusiones, o para ayudar a hacer entre todos una nación o un mundo más democrático y más justo... Una concepción, pues, mezquina, alicorta. Y, tal vez, compartida por algunos padres que – a la hora de la comida – ceban a sus niños como gansos de paté, como quien cumple un trámite o un expediente digestivo, sin mirar a los ojos del implicado, sin atender a su presente ni al contexto que da sentido a una labor conjunta. Digo tal vez compartida... porque el otro día, ante un crío que se comporta como el perro del hortelano, una de las niñas más conscientes de la clase trataba de argumentarle para que viniera al redil y le decía con toda su inocencia y buena fe: “Por favor, que el maestro tiene que ahorrar dinero; si

no le dejas que haga su trabajo no le van a pagar”. (El niño, que es un “antisistema”, respondía: “No es mi problema”). Esto es algo que la escuela no dice, al menos en países con poco sentido psicológico o humanístico y con poco sentido cívico o social: que muchos maestros, en el fondo, trabajan para su propio trabajo. Y que el mayor trabajo consiste en que el trabajo se haga lo menos trabajoso posible.

LO QUE LA ESCUELA NO DICE, NOS LO CUENTAN ELLOS

Alumnos y alumnas de Escolarización
Complementaria
Cooperativa Peñasal, Bolueta
Igor Ibarrondo (BI)

En el Centro Educativo de Bolueta, de la Cooperativa Peñasal, trabajamos con alumnos de los últimos años de la escolaridad obligatoria que, por distintos motivos, no se adaptan a ella y, aunque siguen matriculados en sus centros de Secundaria ordinaria, cursan estos últimos años con nosotros.

Los objetivos son varios: avanzar en las competencias de la ESO, trabajar competencias personales que permitan su inserción social y evitar su Abandono Escolar Prematuro y que puedan formarse más allá de la Escolaridad Obligatoria. Dentro de las distintas actividades que hacemos, proponemos una reflexión sobre qué ha impedido poder continuar en los Centros ordinarios. Así que, invitamos a venir a los Orientadores de los Centros de Secundaria a compartir con ellos y ellas esta experiencia.

La visión de los propios alumnos nos parece primordial para investigar sobre la escuela y, en especial, sobre el fracaso, abandono y absentismo escolar. En muchas ocasiones lo que la escuela no dice, nos lo cuentan ellos.

Dos textos nos permiten nombrar nuestro fracaso con palabras ajenas

El primero es de Daniel Pennac en su libro *Mal de escuela*, en el que aborda la escuela desde la perspectiva de los malos alumnos:

“De modo que yo era un mal alumno. Cada anochecer de mi infancia, regresaba a casa perseguido por la escuela. Mis boletines hablaban

de la reprobación de mis maestros. Cuando no era el último de la clase, era el penúltimo. Negado para la aritmética primero, para las matemáticas luego, profundamente disortográfico, reticente a la memorización de las fechas y a la localización de los puntos geográficos, incapaz de aprender lenguas extranjeras, con fama de perezoso (lecciones no sabidas, deberes no hechos), llevaba a casa unos resultados tan lamentables que no eran compensados por la música, ni por el deporte, ni, en definitiva, por actividad extraescolar alguna...

Los profesores que me salvaron – y que hicieron de mí un profesor – no estaban formados para hacerlo. No se preocuparon de los orígenes de mi incapacidad escolar. No perdieron el tiempo buscando sus causas ni tampoco sermoneándome. Eran adultos enfrentados a adolescentes en peligro. Se dijeron que era urgente. Se zambulleron. No lograron atraparme. Se zambulleron de nuevo, día tras día, más y más... Y acabaron sacándome de allí. Y a muchos otros conmigo. Literalmente, nos repescaron. Les debemos la vida.

Nuestros «malos alumnos» (de los que se dice que no tienen porvenir) nunca van solos a la escuela. Lo que entra en clase es una cebolla: unas capas de pesadumbre, de miedo, de inquietud, de rencor, de cólera, de deseos insatisfechos, de furiosas renunciaciones acumuladas sobre un fondo de vergonzoso pasado, de presente amenazador, de futuro condenado. Miradlos, aquí llegan, con el cuerpo a medio hacer y su familia a cuestas en la mochila. En realidad, la clase solo puede empezar cuando dejan el fardo en el suelo y la cebolla ha sido pelada. Es difícil de explicar, pero a menudo solo basta una mirada, una palabra amable, una frase de adulto conzudo, claro y estable, para disolver esos pesares, aliviar esos espíritus, instalarlos en un presente rigurosamente indicativo. Naturalmente el beneficio será provisional, la cebolla se recompondrá a la salida y sin duda mañana habrá que empezar de nuevo. Pero enseñar es eso: volver a empezar hasta nuestra necesaria desaparición como profesor. Si fracasamos en instalar a nuestros alumnos en el presente de indicativo de nuestra clase, si nuestro saber y el gusto de llevarlo a la práctica no arraigan en esos chicos y chicas, en el